Funeral de Estado. Dublín, 1970

Rita estaba encantada con el abrigo de visón. Sólo hacía un día que lo tenía, pero era ya como una segunda piel para ella. Le hacía sentir más cómoda y elegante que el resto de ancianas que rodeaban la tumba con sus convencionales trajes de tweed y de horrible fibra sintética.

Estaba segura de que las demás esposas y viudas de los miembros del partido la habían examinado de arriba abajo. Echó un vistazo al abrigo de Patty MacNally, un astracán mohoso y trasnochado. Junto a ella estaba Nelly Nolan; con aquellas botas marrones clavadas en el barro y el abriguito de sarga azul le recordaba a una doncella en su día libre.

Alzó la mirada al cielo. No quería ser mezquina. Que tuviera cara de pánfila no era razón suficiente para juzgar a la pobre viuda de Hayden, que no se había quitado el luto desde el día posterior a su boda en 1921, en la celda donde él cumplía condena. Había muchos fotógrafos; procuró no torcer el gesto para no echar a perder el trabajo de la maquilladora de Mary.

El atuendo de Mary no admitía crítica. Su aspecto era maravilloso, casi juvenil, si no se la miraba muy de cerca. Aguantó la ceremonia con entereza; no se desmoronó en el brazo de Liam hasta que los asistentes regresaron a los coches. Cualquiera habría dicho que era su marido al que estaban enterrando.

–Querida señora…

EDICIONES PRETEXTOS

Un desconocido gordo como un tonel le salió al paso mientras se alejaba de la tumba, sonriéndole de oreja a oreja. Tenía una cara de torta como la de un esquimal. Por un momento, Rita temió que se abalanzase sobre ella dispuesto a frotarle la nariz, pero se limitó a cogerle las manos.

–¡Está espléndida, señora O'Fiaich! ¡Tan hermosa como siempre!

Le dio vergüenza no reconocer a un hombre que la trataba con tanta familiaridad y que, para más inri, ni se comportaba ni mostraba las fórmulas de cortesía habituales. Se limitaba a permanecer frente a ella, clavado como un roble deforme y mirándola, más que a ella, a sus orejas.

Tenía acento extranjero. Quizá fuera un diplomático o un miembro de una delegación. En ese caso, lo más probable era que soltara un par de lugares comunes antes de dar media vuelta. Reparó en sus enormes zapatos, manchados por el barro del cementerio. De pronto, los familiares aromas de Nueva York, Boston, el Medio Oeste, el olor de las suites de hotel, de los vagones de tren, de los comedores privados, la fragancia de Nina, despertaron en su memoria como una vaharada de especias.

–¡Sergéi! ¡Sergéi Grigoryev! ¿Qué demonios está haciendo usted aquí?

Como si no lo supiera.

–Supongo que en su país no olvidan a los viejos amigos…

Por fin había ocurrido. Habían esperado hasta el entierro de Frank para reclamar lo que les pertenecía.

Sintió deseos de librarse de sus enormes zarpas de oso para llevarse las manos a los pendientes de diamantes y buscar seguridad en la suavidad de las perlas y la fría resistencia de los rubíes. Pero el ruso la tenía agarrada de las manos. Por primera vez en aquel día notó el frío soplo del viento en el cuello.

EDITORIAL PRETEXTOS